

GLOBALIZACION CULTURAL Y MODERNIDAD

*Julio Labastida M**

Uno de los elementos centrales que definen la etapa que vivimos es la tensión entre comunidades y naciones que buscan reafirmar su especificidad cultura; y la tendencia a la globalización o la planetarización de procesos que afecta a la Humanidad en su conjunto.

La Humanidad ya no es un mosaico de culturas, de países aislados los unos de los otros, sino una comunidad con un futuro común. Esta unidad de destino no excluye conflictos y desigualdades, pero se desenvuelve en una interacción creciente. Tal vez el pasado pudo respetar las fronteras, pero el futuro tiene que ser pensado en la interdependencia y la complejidad.

Cuando se habla de interdependencia, de globalización, no se trata solamente de la revolución que se ha producido en el campo de la comunicación y que ha convertido al inundo, en la fórmula de Marshal MacLuhan, en un gran aldea planetario, sino también de procesos que exigen soluciones globales, a escala mundial.

Estos procesos son, fundamentalmente: la degradación acelerada y posiblemente irreversible del medio ambiente; el peligro de una hecatombe nuclear; la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo económico, y las consecuencias éticas y culturales del progreso acelerado de la ciencia y la tecnología en el mundo contemporáneo.

En lo que se refiere a la degradación del medio ambiente, este fenómeno no sólo se ha convertido en un problema entre naciones vecinas, como es el caso de la contaminación de los ríos o lagunas fronterizas, o incluso de la contaminación de la atmósfera que ha trascendido, como en el caso de U, las fronteras de la ex-Unión Soviética, sino que constituye una amenaza para la Humanidad en su conjunto, como serían los cambios de clima, producidos por la deforestación de la Cuenca del Amazonas y, más grave aún, la destrucción de la capa de ozono, que podría tener efectos irreversibles sobre el calentamiento del planeta. Es evidente que estos procesos exigen una acción normativa y práctica a nivel mundial.

Por otra parte, nunca como ahora los problemas de la paz tuvieron una importancia tan crucial, porque es el futuro de la Humanidad el que está en juego frente a la amenaza de una guerra nuclear. Al mismo tiempo, nunca antes la construcción de un clima de paz rebasó tanto la lógica estrictamente geopolítica y se ligó como ahora a procesos mundiales de carácter cultura; y económico. Dicho de otra manera, sólo un enfoque estrecho

* Sociólogo mexicano, Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

puede considerar que la paz y la eliminación de una confrontación nuclear pueden lograrse ahora a nivel de superpotencias o de un acuerdo exclusivamente entre los países del Norte. Las tensiones entre el Sur y el Norte pueden tener también repercusiones importantes para un futuro de paz o de guerra. Estas tensiones tienen obviamente elementos geopolíticos, pero sobre todo tienen una base económica y cultural.

Después de la Segunda Guerra Mundial, hemos vivido un periodo de paz en el Norte, entre las grandes y medianas potencias, y guerras a escala regional en el Sur. Sin embargo, hay nuevos factores que hacen preveer la posibilidad de desplazamiento o la extensión de los conflictos desde el Sur hacia el Norte. En primer lugar, el monopolio nuclear se ha roto. Aunque con un carácter limitado, países del Sur han accedido o están por acceder al armamento nuclear, pero vivimos además una época en que aparecen cada vez con mayor claridad las dimensiones económicas y culturales que influyen y crean un clima de paz o de conflicto a nivel internacional o al interior de las naciones.

La exclusión y la frustración de la mayoría de la población del planeta en sus aspiraciones de participar en los beneficios del desarrollo, han tenido como consecuencia movimientos de afirmación cultural en regiones del Tercer Mundo, muchas veces acompañados de la violencia y de formas de fanatismo religioso, étnico o nacional que han roto los equilibrios precarios de paz

Puede pensarse en el caso de la revolución iraní, y en el avance del fundamentalismo islámico, que actualmente, no sólo es un problema en el Medio Oriente y en otras regiones del Tercer Mundo donde el Islam es predominante o tiene una presencia importante, sino que, como se puede ver en los acontecimientos recientes, es un problema presente en sociedades occidentales como la francesa y parte de los territorios que integran en el pasado el bloque soviético¹. Otro ejemplo dramático es la guerra de Irak.

Al mismo tiempo, esa marginación ha producido fuertes corrientes migratorias del Sur hacia los países desarrollados del Norte, que al no integrarse a esas poblaciones ha sido fuentes de tensiones culturales y raciales. De esta manera, las contradicciones entre el norte y el Sur comienzan a vivirse ahora en el seno mismo de las sociedades de los países más ricos.

Parece evidente, por lo tanto, que la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo constituyen un problema central de la comunidad internacional y que su solución sólo puede darse fundándose en un clima de paz y en un crecimiento de la economía mundial sobre bases sólidas, lo que implica que ese crecimiento sea

¹ No trataremos aquí la compleja problemática que sirvió a la disolución del bloque del este y de la Unión Soviética, pero es evidente que los factores étnicos y culturales y los fuertes contrastes económicos y sociales han jugado un papel muy importante en las tensiones y los conflictos bélicos en estas regiones.

equitativo.

En este contexto internacional ¿Cómo enfrentar el porvenir desde países en desarrollo, que han encontrado obstáculos al crecimiento, particularmente desde la última década?

La frustración de la voluntad de desarrollo en la mayoría de la población mundial frente a la agudización del reparto desigual de la riqueza, de la técnica y del conocimiento. Se ha traducido frecuentemente en un pesimismo fatalista o en el refugio en particularismos culturales. Aquí y allá, los países del Tercer Mundo defienden su autonomía en el plano ideológico o cultural sin lograr proveerse de una base de sustentación económica propia.

Por otra parte, sabemos que el desarrollo no es una evolución continua, el pasaje progresivo de lo particular a lo universal, sino una transformación estructural que compromete el conjunto de las relaciones sociales y, sin embargo, la pauta de esa transformación no ha seguido un modelo clásico de modernización. Si otrora éste se extendió rápidamente bajo el impulso de la industrialización y estuvo marcado por relaciones de explotación de la fuerza de trabajo, actualmente el desarrollo se presenta segmentado y genera exclusión social.

La hipótesis optimista de una Incorporación masiva y rápida de las poblaciones marginadas en el proceso de desarrollo, que se expresó también en el monumental esfuerzo educativo de décadas pasadas, no se cumplió. Como consecuencia los agentes sociales se definen según, esta nueva situación, que combina de un modo complejo modernización y exclusión: ni completamente afuera, y por lo tanto sujetos de una contestación cultural; frente al desarrollo, ni enteramente adentro, y por lo tanto conformistas. Tal es el caso por ejemplo de los jóvenes de las grandes ciudades de; Primer y sobre todo del Tercer Mundo. Los jóvenes son los excluidos pero lo son porque fueron también los grandes invitados al banquete del desarrollo. En ellos, pues, se concentran sus contradicciones, a la vez adentro y afuera los jóvenes rompieron con antiguos modelos culturales heredados de sus padres, pero sus nuevas calificaciones educativas permanecen en gran medida ociosas. Los jóvenes son, entonces, por excelencia, los, portadores -más que ninguna otra categoría social- de una modernización segmentada y dualista.

Sin embargo, a pesar de que los fenómenos de marginación y de dependencia económica y de alineación cultural no han dejado de existir, e incluso de profundizarse, la Humanidad en su conjunto tiene actualmente los medios científicos y técnicos para que cada vez más países puedan incorporarse a un desarrollo fuertemente sustentado a la vez en bases internas y en una sólida incorporación a una división internacional del trabajo más equitativa y racional. Ahora el desarrollo no puede entenderse ni contra ni al margen de la construcción de una verdadera comunidad mundial. Sin embargo, esta comunidad no puede existir en medio de un reparto tan

desigual de la riqueza, la técnica y el conocimiento.

De esta manera, en lugar de oponer un desarrollo exógeno a un desarrollo endógeno es preferible recordar que todos los procesos históricos de desarrollo exitoso combinan factores externos e internos, factores económicos y factores socioculturales. Hay que recuperar pues un enfoque y una estrategia de desarrollo que tomen en cuenta tanto la necesidad de integración nacional como la realidad de la interdependencia mundial. Es en esos planos que tendremos que librar las batallas para superar los obstáculos al desarrollo que actualmente enfrentamos.

La universalidad de ciencias y técnicas, así como la importancia determinante de la dimensión cultural, aparecen como elementos definitorios de la problemática del mundo contemporáneo. Si el progreso científico y tecnológico se ha expandido con una mayor velocidad de lo que cualquiera hubiera imaginado, en cambio las ideas, las actitudes, las culturas han evolucionado quizá demasiado lentamente. De esta manera, nuestro futuro está siendo moldeado en gran medida por la expansión científica y tecnológica. Es el progreso científico y tecnológico el que ha roto primero las fronteras y llegado hasta las regiones más remotas. Este avance en muchos casos se ha traducido en un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida, en términos de salud, educación e información, pero al mismo tiempo frecuentemente ha amenazado gravemente los equilibrios humanos y naturales. En síntesis, siendo un proceso fundamentalmente positivo porque abre enormes posibilidades para que la Humanidad supere situaciones de pobreza y de vulnerabilidad, plantea al mismo tiempo problemas que exigen nuevas respuestas.

Nada nos autoriza, por lo tanto, a olvidar los efectos perversos de este progreso: los daños que se acumulan sobre el medio ambiente, que no están limitados a las regiones desarrolladas, sino que asolan particularmente al Tercer Mundo, cuya conciencia ecológica sigue siendo débil, o bien las amenazas de guerra nuclear o química que también se extienden fuera de los países centrales.

Quizá debamos reconocer como punto de partida este hecho. El progreso científico y técnico carece de un límite cultural. Sólo reconoce como limitación aquella que impone la racionalidad científica y económica y el llamado buen sentido político. Incluso los límites étnicos son crecientemente puestos en duda, como ocurre en el campo de la biogenética. La cultura es un efecto impotente frente a la vorágine del progreso científico y técnico y es solamente en el plano, ya no de las tradiciones culturales, sino de las ideas y de la ética que se obtendrá una respuesta a estos problemas.

Por otra parte, con frecuencia la modernidad que acompaña a este progreso favorece el exceso de individualismo y racionalismo, es decir el deterioro creciente de un ethos cultural que sea capaz de asegurar la

unidad y el destino la vida colectiva. No podríamos dejar de ver, sin cierta inquietud, la destrucción acelerada de la sociabilidad en las sociedades avanzadas; la desnacionalización de las grandes ciudades y el auge del racismo en sociedades que se han vuelto multiculturales; la indiferencia frente a la vida pública, convertida en un espacio puramente formal, de administración y gestión; la ausencia de participación social y el refugio creciente en la vida privada. ¿Hasta dónde los mecanismos formales de integración son suficientes para asegurar la cohesión y solidaridad, vale decir una comunidad de origen y de destino? ¿No es necesario acaso volver a plantear el tema de la cultura en el seno mismo de las sociedades modernas, que se piensan a sí mismas cada vez más como puro sistema, es decir, como un conjunto crecientemente diferenciado y autorregulado, que no requiere por lo tanto de ninguna intervención y límite, externo?

Desarrollo económico, progreso científico y técnico son aspectos centrales de la modernización que a su vez tiene repercusiones culturales importantes. En este sentido debemos señalar que los riesgos de una modernización exógena no se agotan en los temas de la exclusión social y del autoritarismo político. Temas como el de la alineación o transnacionalización de las culturas continúan vigentes, sobre todo cuando la modernidad es importado y penetra directamente, sin mediación alguna ni asimilación cultural. Por esta razón, la modernización está en el centro de un debate entre universalismo y particularismo, así como la necesidad de proceder a una síntesis.

Es cierto también que las teorías de la aculturación pecan por exceso. Las culturas son a la vez resistentes y dinámicas, incorporan o rechazan constantemente elementos, innovan permaneciendo paradójicamente fieles a sí mismas. Las culturas no son ideas ni modelos, tampoco se confunden con una tradición fija inamovible. Si los usos y costumbres pueden cambiar con facilidad, las categorías y las representaciones colectivas lo hacen más difícilmente.

Las grandes corrientes de secularización y racionalización que dieron origen al mundo moderno, no se extienden con la rapidez que algún pronóstico apresurado pudo, anticipar. Hoy sabemos también que la modernización no exige necesariamente tales requisitos, es decir, la presencia de un racionalismo a ultranza, la mentalidad iluminista del siglo XVIII el utilitarismo del siglo XIX. Estos no son los caminos forzados que todos debamos emprender. ¿No es posible entonces pensar en diversas síntesis entre cultura y modernidad? ¿Acaso ello no está contenido en tantas experiencias de desarrollo, antes incluso de que se hayan llevado al plano de las ideas?

Ese esfuerzo de síntesis se presenta como uno de los grandes temas de futuro. Esfuerzo no sólo de elaboración, sino también de reconocimiento, de análisis de una Historia que se produce actualmente. Esfuerzo

que no olvida tampoco su urgencia, pues la amenaza ya de anemia cultural, ya de resistencia al desarrollo, permanece siempre como posibilidad. Tenemos que enfrentar los desafíos que plantean las grandes transformaciones culturales, económicas y políticas que estamos viviendo en esta última etapa del siglo XX.

Es ante estos desafíos que se presentan, tanto en el ámbito de los procesos económicos y culturales globales, como en el de las ciencias sociales, que es imprescindible proponer soluciones viables a las problemáticas enumeradas. El proceso de globalización de las economías nacionales no es lineal ni neutro, por lo tanto no garantiza automáticamente una mejor distribución de los recursos, ni asegura por sí mismo el crecimiento de los países subdesarrollados. En este marco, repensar el concepto de Estado-Nación es una tarea urgente para el pensamiento económico: economía global, bloques regionales y soberanías nacionales constituyen los términos de una de las ecuaciones más difíciles de las relaciones centro-periferia en los 90. Por otra parte la transnacionalización de los mercados de bienes simbólicos, las migraciones masivas y las nuevas formas de integración supranacional han vuelto obsoletas las políticas destinadas exclusivamente a la preservación y al desarrollo de culturas nacionales supuestamente aislables. En realidad es necesario explorar cómo podrían concebirse políticas eficaces para intervenir en las nuevas condiciones de asimetría e interacción desigual que organizan las relaciones culturales centro-periferia en este fin de siglo. Los desarrollos "desterritoriales" de la cultura ponen en cuestión el paradigma binario y polar con que se pensaban las relaciones entre centro y periferia. Sin embargo, no clausuran la asimetría ni las desigualdades, ni disuelven las preguntas por la identidad y la soberanía nacional. Más bien las recolocan en un escenario multifocal.